



GRACIÁN, Baltasar: *El Criticón*, edición de Luis Sánchez Laílla y José Enrique Laplana; anotación de M.^a Pilar Cuartero, José Enrique Laplana y Luis Sánchez Laílla, Zaragoza, Diputación Provincial-Institución Fernando el Católico, 2016. 2 tomos, 970 págs. (tomo I) y 1024 págs. (tomo II). ISBN: 978-84-9911-418-7.

Antonio Castro Díaz
I.E.S. «Triana» (Sevilla)

Monumental es el adjetivo que mejor cuadra a esta edición de *El Criticón* de Gracián que vamos a comentar, pilotada por un acreditado equipo de profesores universitarios zaragozanos y publicada en dos gruesos tomos.

En la «Presentación» (pp. IX-XII), los editores manifiestan la necesidad de llevar a cabo una edición crítica de *El Criticón*, de la que hasta ahora se carecía, en la que se «abordase con exhaustividad todos sus problemas textuales e interpretativos» (p. IX), superando la añeja —aunque meritoria— edición de Romera-Navarro (1938-1940) e incorporando las principales aportaciones de la crítica sobre Gracián y su obra durante más del medio siglo último. Según propia confesión de sus artífices, «catorce años de trabajo ha costado llevar a término esta tarea» (p. IX).

Con varias dificultades básicas se han topado los editores en su labor crítica. En primer lugar, debieron hacer frente a la ardua tarea de búsqueda y localización de ejemplares de la obra, dispersos y raros en la mayoría de los casos, y en especial de las ediciones príncipes. Tras esto, tuvieron que abordar un minucioso cotejo de las diferentes ediciones y ejemplares, a fin de ofrecer un texto renovado y limpio de errores pretéritos. Y, por último, hubieron de aplicarse a la recta y completa interpretación textual de la obra, pues en ella «apenas hay palabra que no encierre en su condensación lacónica [...] varios conceptos agudos y recónditas alusiones eruditas o vulgares» (p. X), tarea de desbroce y explicación del lenguaje conceptuoso de Gracián que les ha obligado a incluir cerca de diez mil notas a pie de página, puesto que «el estilo lacónico y el ejercicio constante de la agudeza de ingenio en todas sus

variantes engendran un texto preñado de sentidos e interpretaciones, que además en muchos casos solo es posible entender cabalmente si se conoce la fuente erudita o literaria que subyace disimulada en el texto a través de la imitación *cum variatione*» (pp. X-XI). Dada la exuberancia de notas que exige una obra como *El Criticón*, los editores han optado por colocar a pie de página solo las que aportan una escueta aclaración del texto y de sus fuentes inmediatas, desplazando al segundo volumen - del que ocupan casi la totalidad de su extensión- aquellas otras complementarias y más dilatadas, de carácter erudito y bibliográfico. «De este modo se facilita también una lectura directa del texto sin intrusiones exegéticas, en la que cada lector podrá, o no, acudir a las notas al pie o complementarias si lo estima oportuno» (p. XI). El capítulo de agradecimientos, con mención especial a Aurora Egido, cierra este primer apartado de la edición.

La «Introducción» (pp. XIII-LXXXV) está dividida en dos grandes partes. En la primera de ellas —titulada «La odisea editorial de *El Criticón*» (pp. XIII-XXIX)-, se describe al principio la situación personal de Gracián y su producción literaria y editorial durante los años previos a la publicación de la *Primera Parte* de *El Criticón* en 1651. Se resalta después -en contraposición a lo ocurrido con otros escritos suyos- la ausencia de datos que anuncien el proceso de elaboración de esta su magna obra. No obstante, parece que, cuando publicó la *Primera Parte* de *El Criticón* -según dice el autor en el prólogo-, ya tenía bastante avanzada la escritura del resto de la obra, aunque su publicación completa se demorase hasta 1657. La aparición de esta *Primera Parte* debió de sorprender por lo inesperado, ya que Gracián -que hasta entonces había publicado con el nombre de su hermano Lorenzo- siempre había anunciado con anticipación las obras que se traía entre manos, lo que no ocurrió con esta, que además apareció con un nuevo seudónimo -el de García de Mardones-, que mal escondía la verdadera identidad del autor. También parece que Gracián -a partir de la aparición de *El Criticón*- decidió que los gastos de publicación de sus escritos corrieran a cargo de los librereros o editores, y no a su costa, como había ocurrido hasta el momento. Esto no significa que el autor se desentendiera del control y revisión del proceso editorial y de la distribución de sus obras, circunstancias a las que siempre estuvo minuciosamente atento. Los profesores zaragozanos responsables de esta edición de *El Criticón* estudian a continuación las relaciones de Gracián con librereros e impresores de Madrid, en especial con Francisco Lamberto, quien le publicará las dos últimas partes de *El Criticón*, además de reeditarle algunas otras obras. Asimismo, analizan los años que median entre las publicaciones de la primera y última parte de *El Criticón* (1651-1657), que fueron complicados para Gracián, si bien -a pesar de las persecuciones e inconvenientes diversos que sufrió por entonces- continuó avanzando con denuedo y disimulo en la redacción de su obra, hasta el punto de planificar su ampliación con una tercera parte, ya anunciada cuando aparece la segunda (1653), para cuya impresión se valió de múltiples subterfugios encubridores que le valieron de poco, pues no pudo evitar las represalias y castigos que le sobrevinieron por orden de sus superiores en la Compañía de Jesús. Estas circunstancias obligaron a Gracián a sacar la *Tercera Parte* de su obra en Madrid

(1657), con las penosas consecuencias -aparte del severo castigo de su Orden-de que apareció con «gravísimos errores que deturpan el texto y han hecho devanarse los sesos a generaciones de gracianistas», desgracia que el propio autor intentó paliar con una fe de erratas, conservada solo en el ejemplar de Viena, y que -según confesión de los editores- «ha resultado de capital importancia para el establecimiento de nuestro texto crítico» (p. XXVI). Se concluye este apartado con una descripción de los últimos y amargos momentos de Gracián en el destierro de Tarazona y las vicisitudes bibliográficas de *El Criticón* durante los años inmediatamente posteriores a la muerte del autor, ocurrida el 6 de diciembre de 1658.

En la segunda parte introductoria - «Esta edición» (pp. XXX-LXXXV)- los editores realizan primeramente una descripción bibliográfica pormenorizada de las ediciones antiguas (1651-1664) de cada una de las tres partes de *El Criticón*, así como de la obra completa, bien sola o en compañía de otros escritos de Gracián (pp. XXXI-XLIX). A continuación, pasan revista a las ediciones posteriores de *El Criticón* -a solas o junto a otras obras de Gracián-, desde las últimas décadas del siglo XVII hasta nuestros días (pp. XLIX-LVII). Después, bajo el título de «La Primera Parte. La cuestión de la edición autorizada» (pp. LVII-LXII), se centran en la polémica acerca de qué impresión debe tomarse como base textual de la *Primera Parte* de *El Criticón*, si la *princeps* de 1651 o la madrileña de 1658, y -tras aducir sólidos argumentos- descartan que la segunda fuese autorizada por Gracián, por lo que han optado por la primera como guía para reproducir el texto de esta *Primera Parte* en la edición que estamos comentando. Dicha elección se ve confirmada por el análisis de las ediciones contrahechas de cada una de las tres partes de la obra, análisis recogido en el apartado que el grupo universitario de editores zaragozanos llama «*Criticones falsificados*» (pp. LXII-LXVII). Estudio aparte dedican también a «Las ediciones lisboetas» (pp. LXVII-LXX), estampaciones portuguesas del texto de la obra en castellano que fueron saliendo escasos años después de la aparición de cada parte de *El Criticón* en España. Pasan luego a examinar —en el apartado «Las ediciones unitarias de *El Criticón*» (pp. LXX-LXXI)- las impresiones de la obra completa, con especial atención a las dos primeras de 1664, aparecidas en Barcelona y Madrid. En «La *constitutio textus* de nuestra edición» (pp. LXXII-LXXVII), los editores plantean el *stemma* establecido para cada una de las partes de *El Criticón*, la elección como texto básico de las respectivas ediciones príncipes de esas partes y las soluciones particulares aplicadas a los numerosos problemas que se le han planteado en la constitución del texto crítico que reproducen en su edición, cuyos casos concretos quedan recogidos en las correspondientes notas del aparato crítico, donde se indican las variantes y se explican las formas en que estas se registran. Por último, en «La *dispositio textus*. Anotación e índices» (pp. LXXVII-LXXXV), los editores aclaran minuciosamente la manera de operar en relación con la transcripción grafémica del texto, advierten sobre el doble sistema de anotación que han utilizado (a pie de página -más sucintas-, las notas aclaratorias y explicativas del texto, y en el aparato crítico añadido en el segundo tomo -de forma más demorada y extensa-, las notas complementarias de carácter erudito); y, por último, puntualizan sobre los usos de

citas y catálogos bibliográficos que emplean, así como sobre la elaboración de numerosos índices que han llevado a cabo porque resultan imprescindibles para cualquier búsqueda o consulta de *El Criticón*.

Tras el texto completo de las tres partes de la obra -con sus abundantes y clarificadoras notas a pie de página (pp. 1-835)-, el primer tomo se concluye con un «Aparato crítico» (pp. 837-887) -donde se recogen las variantes textuales de las tres partes de *El Criticón* en las ediciones manejadas por los editores-, un exhaustivo y clarificador «Resumen argumental» de la obra (pp. 889-939), un «Índice de personajes» (pp. 941-958) mencionados en ella y un «Índice de espacios» (pp. 959-963) recorridos por los protagonistas en su peregrinaje. Todo ello se cierra con el correspondiente «Índice» general (pp. 965-967).

El segundo tomo está ocupado mayormente por un voluminoso y completísimo corpus de «Notas complementarias» (pp. 7-826) y se remata con un conjunto de índices que facilitan la consulta de la obra: un «Índice de voces, expresiones y frases proverbiales» (pp. 827-873), un índice de «Nombres propios» (pp. 875-884) mencionados o aludidos en la obra, un «Índice de citas bíblicas» (pp. 885-888), un índice de «Adagia et sententiae» (pp. 889-893), otro de «Refranes» (pp. 895-907) y otro de «Emblemas» (pp. 909-913), para concluir con la relación de «Erratas» (pp. 915-931) existentes en las ediciones antiguas manejadas, la correspondiente «Bibliografía» (pp. 933-1013) y el «Índice» general del tomo (p. 1015).

Nos encontramos, sin lugar a dudas, ante una edición rigurosa y concienzuda de *El Criticón* de Gracián, que habrá de servir de base indispensable para las investigaciones y estudios que -sobre esta obra y autor- hayan de llevarse a cabo de aquí adelante.